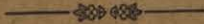


## LIBRO CUARTO

---

### LA SOMBRA DE BARRIENTOS

---



¡Ven! Lejos de la corriente  
hay un tranquilo remanso:  
allí el ruido no se siente,  
y allí es sereno el ambiente,  
dulce y tranquilo el descanso.

Del agua en la transparencia  
se refleja allí la calma  
de una feliz existencia,  
sin que turben la conciencia  
vanos delirios del alma.

*(Eduardo Bustillo.)*

## I

Dos años más tarde, y en una hermosa y clara mañana de invierno, descendían de un coche una señora joven aún y una niña de unos doce años; el carruaje era lujoso y se detuvo á la puerta del pequeño cementerio de Alcalá de Guadaira, rica población agrícola de las cercanías de Sevilla.

La dama contaría de treinta y dos á treinta y seis años, y había algo en su semblante que atraía de una manera invencible: era una mezcla de candor rafaelesco, de sensibilidad, de melancolía, más encantador conjunto que el que ofrece una belleza peregrina; porque aquella mujer no era bella en la acepción de la palabra, sino simpática hasta el más alto grado.

La niña era muy bonita, y su tipo angelical atraía las miradas y el corazón; sus cabellos, rubios como las espigas maduras, se hallaban reunidos en una gruesa trenza que, sujeta antes de llegar á su fin con un lazo de terciopelo, se deshacía en un extremo, se extendía y se ondulaba; sobre su frente caían algunos mechones cortados que ondulaban también naturalmente y sin auxilio ninguno del arte; llevaba un elegante traje de

mañana: vestido de cachemir verde oscuro y sombrero de fieltro negro con plumas y lazos del color del vestido; la falda, corta, dejaba admirar el exquisito corte del calzado: unas botas altas de finísima piel negra y mate; guantes negros también y largos completaban su atavío; en la mano derecha llevaba un envoltorio de papel de seda bastante ancho, pero poco luminoso.

La señora que la acompañaba se había ataviado de un modo análogo: vestido de cachemir nutria de cuerpo alto que se abría sobre un chaleco plegado de raso de igual color; toca de castor con bordes de terciopelo nutria y largos guantes negros. Cuando descendieron del coche, entraron en el cementerio, y siguiendo una pequeña calle de árboles, se detuvieron ante la puerta cerrada de la capilla y se arrodillaron; á través de la verja se veía el altar, desnudo de flores y pobre de luces; pero los pajaritos que cantaban en las copas de los árboles, desnudas de hojas por los rigores del invierno, infundían serenidad en el ánimo y una dulce esperanza.

La niña apoyó en la helada verja su blanca frente, y dejando á su lado el objeto que traía, cruzó sus manos y oró con íntimo fervor; la señora que la acompañaba permaneció también orando durante largo rato.

La niña fué la primera que se levantó, é imitándola su compañera, se dirigieron á la izquierda del cementerio, donde brillaba por su elegancia

sencillez entre las modestas tumbas un sepulcro de mármol blanco.

Contenía en el centro un nicho elevado sobre dos gradas, las cuales sostenían grandes macetas de piedra blanca llenas de hermosas flores naturales: era evidente que aquellas flores delicadas se resguardaban de la intemperie de la noche, y que las primeras horas del día las pasaban en el templado ambiente de una estufa; las rosas, los heliotropos, los claveles, la reseda y los jacintos daban al ambiente un delicioso aroma; el monumento estaba coronado por una cruz de piedra, de cuyos brazos pendían algunas coronas de siemprevivas y de flores de porcelana.

En la parte superior de la urna funeraria se leía en letras de oro esta inscripción:

### TOMÁS BARRIENTOS

MUERTO Á LOS CUARENTA Y SEIS AÑOS DE EDAD

ROGAD Á DIOS POR EL

Á los dos lados, dos sepulcros semejantes llevaban dos nombres de mujer: el uno decía AMPARO, el otro INÉS; también tenían muchas flores, y al primero le daba sombra una frondosa adelfa, cuyas flores coralinas descendían á besarle.

Cecilia y Eva, pues ya las habrá conocido el lector, se arrodillaron ante la tumba de Barrien-

tos; rezaron algunos instantes, y la niña, apoyando la cabeza en el mármol helado, quedó sumergida en un mar de pensamientos tristes.

—¡Oh, padre mío!—exclamó con esa voz del corazón, que no pueden percibir los humanos oídos, pero que es la más agradable á Dios.—¡Padre mío, vuélveme á mi abuelo y á mi hermano, ó llévame á su lado: ya sabes que aquí estoy sola, entre mi madre que no me quiere y ese hombre, tu enemigo, á quien miro con horror; haz que yo pueda ir al lado de los que me quieren...! ¡Padre mío, ten piedad de mí...!

Un sollozo escapado del pecho, ó más bien del corazón de la niña, interrumpió la oración de Cecilia: volviéndose á ella, y levantándose alarmada, hizo levantar á Eva y la sostuvo en sus brazos.

—Vamos, hija mía, vamos; eso no es ser razonable—dijo con dulce y persuasivo acento;—¿á qué tanta aflicción? Pida usted á su buen padre por medio de la oración cuanto necesite, pero no se desconsuele así... Dios le concederá horas mejores para usted; pero piense en que, si es posible sufrir en el cielo, su buen padre sufrirá con el dolor de usted; no envíe una sombra triste á la gloria de que goza. Vamos á ver, ¿por qué se halla usted más afligida que otros días?

—No puedo decirlo, señorita...

—Cecilia...

—Bien, Cecilia; no sé por qué tengo hoy el corazón lleno de lágrimas: nada ocurre de nuevo;

veo siempre en usted la amiga tierna y cariñosa; veo que en casa, excepto mamá todos me quieren; veo en derredor mío el fausto y la riqueza, y una angustia mortal me oprime el corazón... y siento más que otras veces la privación de ver á mi abuelo y á mi hermano...

—Ya sabe usted, mi querida Eva, lo que le tengo prometido: sea usted un poco paciente.

—Me ha dicho usted que nos darán permiso para ir á París por dos meses.

—Así lo espero. Pero vamos á ofrecer esas flores á la memoria de su buen padre, y salgamos de este triste recinto: no es buena para usted la permanencia aquí.

—Y sin embargo, aquí es donde me hallo mejor que en ninguna parte—dijo Eva;—aquí me parece que mi alma se comunica con la de mi padre, sin estorbos y sin que nadie se interponga entre nosotros; una dulce calma descende á mi corazón, y aquí me parece que quisiera vivir y morir. ¡Fuera de aquí es todo tan triste en mi vida! Mi madre, cuya existencia turbulenta la separa por completo de la vida de familia, no se acuerda de mí; mi abuelo, expatriado para llevarse á mi hermano á países lejanos; ese hombre enfermo y sombrío, que parece odiar á mi madre, todo esto me anonada, me aflige y me abrumba de una manera indecible... ¡Ah, Cecilia; qué desgraciada soy...! ¡Mi vida está rota y no se parece á ninguna otra!

—Vamos, vamos, hija mía—repuso la institutriz,—no exageremos nada: con un poco de valor y de buena voluntad, puede rehacerse la existencia más desgraciada. Pidamos al que puede darnos todo, y pidamos con humildad de corazón, con verdadera fe. Roguemos al que lloramos muerto en esta vida, pero que ya habrá resucitado en una vida sin fin, que nos alcance de Dios valor y resignación. El porvenir le tiene á usted reservados aún hermosos días: es una niña, y mañana su corazón, de acuerdo con otro corazón noble y honrado, podrá emprender con valor y confianza el camino de la vida, crear una familia y un hogar...

—No, no me hable usted de eso, amiga mía—exclamó Eva;—las palabras *hogar* y *familia* me causan horror. ¿Qué he visto yo en el hogar de mis padres durante mi infancia? ¡La desgracia y la muerte! Yo haré como usted: no me casaré jamás.

—No tome usted nunca ejemplo en las circunstancias de mi vida como regla de la de usted, hija mía—contestó melancólicamente Cecilia.—Creo que he sido orgullosa y exigente con el cielo: me he creído con derecho á una gran parte de felicidad, pero la quería completa, inmensa, inalterable; yo he querido, además, que la dicha viniese á mí sin dar yo un solo paso hacia ella; he tenido una falsa idea del mundo y de las cosas: ninguna inteligencia grande y noble ha alumbrado mi camino, y ahora ya es tarde; sólo limito mis deseos á vivir con usted y para usted.

No fueron muy inteligibles estas palabras para el dolorido corazón de la niña; adivinó, sin embargo, que encerraban mucha nobleza, melancolía y dignidad, é imitando á Cecilia, se levantó, y después de una última mirada á la tumba y de un último beso enviado á ella, se dirigieron á suspender la corona de los brazos de la cruz: era una bella corona de flores naturales. Eva la besó muchas veces antes de suspenderla; y no pudiendo resolverse aún á separarse de la tumba de su padre, volvió á arrodillarse ante el sepulcro, cruzó sus manos y rezó de nuevo algunos instantes con profundo fervor.

Aún hubieran permanecido allí más largo rato, á no haberse acercado Cecilia y, tomando por la mano á Eva, se la hubiera llevado á través de las pequeñas calles del cementerio.

Guardando un triste silencio siguieron andando hasta el carruaje, que en pocos instantes las llevó á la antigua casa de Barrientos.

—Ya puede usted volverse á Sevilla y esperar allí órdenes de Madrid—dijo Cecilia.

El cochero y el lacayo saludaron y se alejaron con el carruaje.

El antiguo portalón de la gran casa estaba abierto, y en la parte exterior, sentado al sol en el banco de piedra que brindaba descanso á los transeuntes, se hallaba el cura rezando en su breviario; al ver á las viajeras quiso levantarse, pero Eva corrió hacia él y no se le permitió, sino que

tomándole la mano, se la besó con respeto y cariño.

El capellán estaba muy viejo: ya era con Catalina el solo guardador de aquella antigua y poderosa casa. Blasa había muerto, y dormía en el cementerio bajo un montoncito de tierra cubierto de verde césped, no lejos de su querido Tomás, al que había amamantado y querido como si hubiera sido su hijo. Catalina, la nodriza de Gonzalo y de Eva, estaba también aviejada, y dedicada sólo á cuidar al anciano don Pablo, la casa, y á llorar la ausencia de sus niños.

—¿Y por cuánto tiempo tendré la dulce compañía de usted y de Eva?—preguntó el capellán á Cecilia, mientras la niña, apoyada en el respaldo de su sillón, le miraba enternecida.

—Sólo por dos días, señor—respondió la institutriz;—el señor Duque nos ha dado órdenes terminantes acerca de la vuelta. ¡Qué doloroso es para mí el no poder estar aquí con Eva! ¡Cuánto más felices seríamos!

—Y yo también; en los pocos días que me quedan de vida, vuestra compañía sería para mí un gran bien.

—Mamá ya nos dejaría—observó Eva;—es el Duque el que se opone.

—¿Por qué?

—No puede pasarse sin los cuidados de Cecilia, á los que se ha acostumbrado.

—Creo—dijo el capellán gravemente y frun-

ciendo las cejas—que no es el cargo de Cecilia en esa casa el de cuidar al Duque, sino á ti.

—El estado del señor Duque hace preciso un cuidado continuo—dijo Cecilia con un suspiro;—y aunque yo no le sirvo inmediatamente, tengo que dar órdenes continuas y cuidar de que se cumplan.

—¿Y no está mejor?

—Cada día peor: la fiebre le consume, y la herida no acaba de cerrarse.

—Y de Paris, ¿qué noticias hay?

—Buenas en lo posible. Gonzalo se ha mejorado mucho, y se prepara á entrar en el Seminario.

—¿No ha sido posible hacerle cambiar de resolución?

—Imposible—exclamó vivamente Eva;—cuanto le he escrito ha sido inútil... ¡Pobre abuelo!

—Tú le quedas, hija mía—dijo el anciano capellán, poniendo su mano en la rubia cabeza de la niña.—Mas puesto que sólo dos días has de permanecer aquí, ¿por qué no vas á ver á tus viejas amigas las señoritas de Lartiga?

—Iré—dijo Eva,—que deseo mucho estar un rato con ellas: ¡son tan buenas, tan amables! Vamos, Catalina; acompáñame, y no vuelvas á buscarme hasta la hora de comer—dijo Eva poniéndose el sombrero y tomando los guantes; dió un beso á Cecilia, y haciendo con la cabeza un cariñoso ademán de despedida al capellán, salió se-

guida de su nodriza, que no se cansaba de contemplarla.

Y en verdad que aquella gentil criatura lo merecía; ni una sola de las gracias de la infancia le había robado la adolescencia, sino que le había traído otras nuevas: alta, esbelta, flexible, con un semblante angélico y un cuerpo de ninfa, la virgen cristiana se anunciaba ya en ella con su virtud, fuerte á la vez que dulce, serena y reposada.

Catalina y Eva cruzaron en breve espacio el terreno que separaba la casa de Barrientos del antiguo y viejo castillejo del Barón de Lartiga, situado á la entrada del pueblo; penetraron en el ancho patio, cuyas magnificencias había destruído el tiempo; la gran fuente de mármol que ocupaba el centro estaba completamente seca, como las macetas, también de mármol, y que otras veces habían contenido las flores más preciosas; pero en uno de los rincones murmuraba una fuentecilla, y algunas enredaderas con campanillas blancas y azules vestían las paredes, á pesar de hallarse en los primeros días del mes de Enero; hasta el patio descendía el olor del alhucema quemado en el brasero con azúcar, y este perfume casero que flotaba en el aire parece como que hablaba de paz, de virtud, de la pobreza digna, apacible, por decirlo así, que moraba en aquella vetusta casa. Eva subió la escalera, y su nodriza la puso en los brazos de su yieja amiga Elvira, que con su hermana

Isabel se hallaba en una gran sala con escasos y muy grandes muebles de caoba, deteriorados por la acción del tiempo, pero escrupulosamente limpios y encerados.

Las dos solteronas, pobremente vestidas, parecían haberse estacionado en el camino de la vida: los últimos diez años no habían pasado sobre sus cabezas. Eva salió de los brazos de la una para pasar á los de la otra: la llenaban de caricias, la abrumaban á preguntas, y la pobre niña se sentía allí tan contenta, tan en la plenitud de su ser, que le parecía ser la primera vez que respiraba libremente desde que había dejado su país para ir á Madrid.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

## II

—Mi querido padre—y déme usted permiso para llamarle así, pues he perdido el mío,—quiero aprovechar la ausencia de la niña para hacer á usted revelaciones muy graves y muy tristes; revelaciones cuyo peso abrumba mi conciencia, y que sólo haría al padre que he perdido, y en su defecto á usted, padre de todos los que sufren.

Así dijo Cecilia no bien hubo perdido de vista el último pliegue del vestido de Eva, que se alejaba con su nodriza; tomó una silla baja y se sentó al lado del capellán, que colocando el breviario sobre sus rodillas, se volvió á la joven, y fijando en ella una mirada afectuosa, con un gesto benévolo la animó á que hablase.

—Desahogue usted su corazón conmigo, hija mía—dijo á Cecilia,—y míreme como á padre verdadero: me interesan todos los que sufren, y en mi esfera de ministro del Señor procuro aliviarlos. Hable usted, hija mía; pero si es asunto que toca de cerca ó de lejos á la conciencia, déjelo para que mañana me lo diga en la iglesia y en el tribunal de la penitencia.

—No, no, señor—dijo Cecilia;—se refiere lo



que quiero confiarle á la situación moral de la familia con quien vivo, situación que no puede ser más intolerable: mi conciencia me ordena dejar esa casa; mi corazón me ordena quedarme en ella para cuidar de una niña infeliz y de un hombre cuyos sufrimientos son constantes, y al que todos abandonan, menos yo. Dígame usted, padre mío, ¿debo quedarme?; ¿debo refugiarme aquí, en esta apacible soledad, al lado de esas excelentes señoritas de Lartiga, al lado de usted? Eso sería para mí el colmo de la dicha; si usted me aconseja que lo haga, Eva vendrá conmigo, porque no puedo abandonarla.

—Eva no debe tampoco abandonar la casa de su madre, hija mía; ese es su asilo legal, el asilo que le dan las leyes y la sociedad; y usted, si la ama, debe permanecer á su lado.

—¡Ah, señor!—exclamó Cecilia con voz oprimida;—¡todo lo que hay en mi alma de puro y de honrado, se subleva ante tanto cieno! La Duquesa ha debido ser atacada en su juicio, pues no hay en ninguna de sus acciones nada que indique que lo tiene sano... Reina entre ella y su esposo una aversión profunda. Desde el día desgraciado en que el Duque fué herido por Gonzalo no se puede decir que viva, sino que se halla en una agonía prolongada: la bala interesó al pulmón y á órganos tan delicados, que después de extraída le ha dejado herido de muerte; sus sufrimientos son incesantes, no puede apenas probar alimen-

tos, y apenas si duerme una hora cada día; los dolores le dejan contados instantes de sosiego; una melancolía tenaz le consume; y su esposa, al verle en tal estado, le ha tomado una aversión invencible, tanto que hace ya muchas semanas que no entra en su cuarto.

—¿Quién le cuida, pues?

—Yo sola, padre mío, y su ayuda de cámara, que le ha sido siempre muy fiel; pero como hay que velarle todas las noches, estaba yo tan rendida, que se ha llamado una Hermana de la Caridad.

—¿Y no le acompañan y velan sus amigos?

—¡Amigos!; ¡ni uno solo va á verle! Verdad es que la misantropía que le domina le impide recibir á nadie. Durante muchas semanas dió orden de que nadie entrase en sus habitaciones, y la señora Duquesa recibía en las suyas; pero ella también se cansó de esta presión, y la gente dejó de venir en absoluto; es decir, viene gente ahora también, y quizá más que antes; pero...

Cecilia se detuvo ruborosa y confusa; el capellán guardó un triste silencio.

—Por mucho que me cueste, padre mío, quiero tener valor para decir á usted todo lo que me pesa sobre el corazón—continuó Cecilia;—la gente que va ahora á casa de la Duquesa de Medellín, la deshonor con su presencia. ¡Ah, padre mío! Me hace sufrir mucho en la soledad de la habitación donde nos hemos confinado Eva y yo,

el estruendo de las orgías que tienen lugar; las canciones de esas mujeres pintadas, que se ponen trajes descotados, de colores claros; las palabras horribles que llegan hasta nuestros oídos; las cuadrillas desenfrenadas que bailan á los compases del piano donde Eva ejecuta la *Plegaria á la Virgen* y el *Ave María* de Schubert! Todo está allí profanado, y parece que mi alma llora por los ultrajes que se infieren á la inocencia de esa pobre niña.

—¿Ve la Duquesa á su hija?

—La niña va á saludarla todos los días, porque yo casi la obligo á que lo haga, pero con gran repugnancia; su madre le habla dos ó tres palabras, y luego la despide. Sale con sus amigas, y casi todos los días con uno de sus amigos..., un ente, un joven viejo que se llama Adolfo, y que es su más asidua compañía...

—¡Pero esa mujer ha perdido, en efecto, la cabeza!—exclamó el capellán.—¿Y sale públicamente sola con un hombre?

—La santa ignorancia de usted, padre mío, no comprende la situación espantosa en que Eva y yo nos hallamos envueltas: el escándalo, la licencia, la deshonor, ¿por qué no tener el valor de decirlo?, nos envuelven, nos ahogan...

—¿Y cómo abandonar á ese desgraciado enfermo, casi moribundo?—dijo el capellán como hablando consigo mismo.

—¿Y cómo permanecer allí? Yo acudo á usted,

señor y padre mío, porque conozco su grandeza de alma: el que ha sabido pedir limosna para los hijos de su amigo, no querrá que uno de ellos, que una niña inocente viva en ese centro de locura y deshonor. Padre mío, piense usted en Eva: ya tiene doce años; ya la infancia va dejando lugar la adolescencia, y su nombre está arrastrado por el lodo; ese nombre puro de toda mancha, que don Tomás Barrientos honró con sus virtudes. Eva, padre mío, no puede continuar como vive; créame usted.

—Para la hija de Barrientos, de toda esa raza de varones fuertes y honrados, no hay más que dos asilos, hija mía—dijo el capellán:—ó la casa de su madre, ó la de su abuelo.

—¿Y su propia casa, señor?—objetó Cecilia, defendiendo palmo á palmo el terreno;—¿no es ésta la casa solariega de los Barrientos? Todo el país conoce y ama á la familia; todo el país la protegería. En casa de su madre no puede estar; su abuelo se prepara á un largo viaje, en el que le acompañará Gonzalo, para ver si puede evitar que se dedique á la carrera eclesiástica; no le queda más asilo que la casa de su padre, y yo le ruego en nombre de Dios que la reciba en ella.

—¿Y quién la acompañará? ¿Quién velará por su educación, por su porvenir?

—Yo, padre mío—repuso Cecilia;—yo y las excelentes señoritas de Lartiga: ellas y yo sabemos lo bastante para hacerla buena y para enseñarla

las dos grandes verdades de la Tierra: amar á Dios sobre todas las cosas, y á nuestros hermanos como á nosotros mismos.

—Usted no puede abandonar á ese desgraciado —dijo el sacerdote, —ni Eva puede vivir sola. La religión le ordena á usted permanecer al lado del Duque hasta que muera; llegue su hora más pronto ó más tarde, la caridad le manda no abandonarle también cuando está abandonado de todos.

—Pero, señor, es que no he dicho á usted todavía la verdad—exclamó Cecilia con un doloroso rubor sobre la frente,—y por penoso que me sea veo que tendré que decirla... ¡ese desgraciado me persigue con su amor...! No puedo quedarme sola á su lado un instante sin que me dirija frases de cariño y de ardiente gratitud..., y eso es para mí un suplicio intolerable...

—¿Por qué causa?—preguntó severamente el capellán.—Comprendo que la moleste á usted algún tanto; pero esa pequeña incomodidad, como todas las materiales que el estado de un enfermo ocasiona, debe usted ofrecerlas á Dios.

Cecilia guardó un triste silencio: se conocía que en el fondo de su corazón quedaba sepultado un secreto que no se atrevía á dejar subir á sus labios; dos ó tres veces abrió la boca, pero de ella no salió ningún sonido.

—Veo que la situación es difícil—prosiguió el capellán:—la niña no puede estar al lado de usted porque usted se halla al lado del enfermo, y Eva

no quiere permanecer sino muy pocos instantes cerca de ese desgraciado; y por otro lado, la niña no puede dejar el lado de su madre ni hallar otro abrigo decoroso más que el del techo maternal.

—¡Decoroso! ¡Ah, señor!; nada hay más peligroso para Eva que estar en casa de su madre. Le diré, ya que la necesidad me obliga á ello, y bien sabe Dios que no es por calumniar, que la señora Duquesa tiene una gran intimidación con ese joven que apenas sale de la casa, que manda en ella como dueño absoluto, y que dispone de cuanto dinero entra en ella. Yo no soy ya una niña, padre mío; soy una mujer que ha sufrido y llorado mucho, y puedo decir estas amargas verdades á quien tiene bastante caridad cristiana para oírlas y perdonarme el que las diga. Yo procuro que Eva oiga y vea lo menos posible; pero no puedo evitar en absoluto que se entere de lo que jamás debería saber; es preciso, pues, que usted, el amigo de su padre, el preceptor del hombre dignísimo á quien debe el ser, vele por el destino de la hija de Barrientos, puesto que es el solo que puede hacerlo.

El cura guardó algunos instantes de silencio en tanto que Cecilia esperaba conmovida su resolución.

—Hoy mismo; ahora, para alcanzar el correo de hoy, escribiré á Valenzuela á París—dijo por fin don Pablo, después de una larga reflexión;—sé que está próximo á emprender un largo viaje con Gonzalo; que se lleven á Eva también; de esta

suerte la perderemos por algún tiempo, pero la salvaremos para siempre.

—¡Y yo!—murmuró Cecilia con abatimiento.—  
¿Qué será de mí?

—¿No tiene usted una familia? ¿No tiene usted madre y una hermana?

—¡Ah, señor!: verdad es que tengo una familia material; ¡pero moralmente estoy sola! Mi madre desea mucho más que mi presencia á su lado, el dinero que le gano con mis sueldos; mi hermana sólo piensa en su marido y en sus hijos, y no habiéndome querido nunca mucho, hoy soy para ella una persona casi indiferente.

—¿Ha merecido usted tanta desgracia? Examínese usted bien, hija mía, y no acuse antes de estar cierta de que lo hace en justicia.

—Nada he hecho materialmente, padre mío, para ocasionar la disidencia de ideas y de gustos que existe entre mi familia y yo. Dios nos ha formado á unos y á otros, pero tan distintos como si no fuéramos de la misma sangre: la delicadeza de mis instintos, la altivez de mis sentimientos les ofende; me motejan, me reconviene, me desdennan, en una palabra; nada hay más fatal que *la dificultad de entenderse* entre los individuos de una misma familia: cuando no hay en ella más que un solo ser semejante, todos los otros se coaligan contra él, y es víctima de las iras ó de las sátiras de todos, y quizá de ambas cosas á la vez; por eso, padre mío, yo debo decir á usted con la

humildad de una penitente, que yo amo á mi madre y á mi hermana lo que el deber me ordena; pero que mi corazón está mudo y helado para ellas.

—Entonces, ¿cómo se explica que no haya usted tratado de casarse desde muy joven?—preguntó el vicario;—¿cómo no ha procurado llenar la soledad de su corazón?

—¡Ah, padre mío!—exclamó Cecilia con voz profundamente conmovida;—¡yo no soy de las mujeres que *procuran casarse!* Durante mi estancia al lado de la señora Marquesa y de sus nietas, he hallado en mi camino algunos hombres que han querido unir al suyo mi destino; pero yo, aunque haya sentido por ellos algún cariño, no los estimaba lo bastante para hacerlos mis dueños hasta la muerte: ninguno reunía las condiciones de las que yo ponía la importancia en primer lugar; para mí, los bienes materiales, los esplendores de la fortuna, era lo que menos suponía; pero deseaba sentir por el que fuera mi marido un amor profundo y una altísima estimación; me hubiera resignado á la más grande pobreza y hubiera llevado al hogar conyugal el producto de mi trabajo, si mi marido hubiera vivido del suyo; pero la más grande abundancia, la más espléndida riqueza no han alcanzado jamás á seducirme: no he podido amar de veras, y no he amado en absoluto. El aislamiento en que se ha deslizado mi vida continúa, y lo acepto como ley de mi desti-

no y como cruz que me impone la voluntad de Dios.

—ÉL ha dicho: *Los que lloran serán consolados*—dijo el capellán.—La fortaleza de usted, hija mía, su dignidad y su paciencia, han de hallar más pronto ó más tarde su recompensa. Yo pensaré acerca de su suerte venidera y de la suerte de nuestra pobre Eva; y mañana, antes de emprender su viaje para Madrid, podré, mi querida Cecilia, dar á usted un consejo, que será hijo de maduras reflexiones.

Cecilia besó la mano de don Pablo en señal de sumisión, y entró en la casa para ayudar á Catalina en sus quehaceres. La fiel servidora se hallaba con Eva en casa de las señoritas de Lartiga: allí, en la gran sala dormitorio de las dos hermanas, amueblada con el viejo buró, con el vetusto clavicornio, con el gran armario de encina; en aquella cámara triste y cómoda á la vez, donde la joven Baronesa de Lartiga había sufrido y llorado tanto con las necias infidelidades de su esposo, sus viejas hijas eran del todo felices departiendo dulcemente con la hija de Barrientos y su antigua nodriza; y Eva y Catalina sentían también una impresión de inefable bienestar en aquella retirada estancia, presidida por un pequeño altar adornado con flores de tela y talco, y ocupado con un hermoso Crucifijo, á cuyos pies lloraba una Virgen de los Dolores, de talla, que había hecho algún gran artista desconocido.

¡Cuántas lágrimas había vertido á los pies de aquellas sagradas imágenes Isabel Lartiga, arrancadas á lo más hondo de su corazón por las angustias del amor sin esperanza que consagraba desde que supo pensar, al gallardo, al noble, al valeroso Tomás Barrientos!

### III

Las doce daban en todos los relojes del suntuoso hotel de los Duques de Medellín. El sol claro de Enero bañaba la fachada oriental, en la que todos los balcones estaban cerrados; en el alero del tejado hacían su nido algunas golondrinas que iban y venían buscando pajas y hierbecillas, y de cuando en cuando dejaban escapar un agudo grito de alegría; por encima de este tejado corría una bella terraza que en otro tiempo debía de haber estado adornada de flores y verdor: en la actualidad, aunque conservaba sus macetones de esca-yola, éstos no tenían más que tierra endurecida y petrificada por el tiempo; alguna pobre planta que había resistido más que las otras colgaba lánguidamente, desecada por los ardores del verano y por los hielos del invierno, falta por completo de cuidados.

Nada hay más desolado que el aspecto de las plantas muertas por abandono de las personas que debían cuidarlas: siempre he creído que estas pobres hijas de la Naturaleza sufren como nosotros, y que languidecen y mueren de tristeza, como pasa á todos los seres castigados por el egoísta

abandono de los demás. Colosales arbustos de camelias, lianas frondosas, naranjitos enanos, rosales de todos los colores, claveles de riquísimos matices, todo había muerto, falto de una mano femenina que los cuidase con el tierno interés que todo lo que es bello y frágil necesita.

Una doncella muy elegante salió de una de las habitaciones interiores, atravesó el comedor, cuya gran mesa, en el más espantoso desorden, se hallaba cubierta con restos de manjares y con botellas mediadas ó vacías, y abriendo una ventana que daba al jardín, asomó por ella la cabeza.

—¡Uff!; ¡qué peste á tabernal—exclamó, respirando con fuerza;—¡parece esto una casa de comidas! ¡Por fin cuando se ponían flores! Pero ya esos refinamientos concluyeron: aquí vivimos en bruto. La fortuna es que ya tocamos al último acto de la función: esto se desploma, y á pasos largos... Yo lo deseo, porque esta gente me da un asco atroz... Vamos á vestir á la harpía y á sufrirla un rato.

Pasó á un corredor estrecho, alumbrado por una ventana que daba á un patio, y allí abrió una puertecita que daba á una alcoba: en el fondo había una gran cama, cuyas ricas colgaduras de seda rosa estaban corridas, á pesar de lo cual se veían arrugadas y sucias, con los pliegues aplastados y grasientos, como si hubieran servido durante largos años; el forro de tafetán blanco estaba roto y deshilachado en mil partes.

Todos los muebles del dormitorio eran ricos y elegantes, pero todos estaban deteriorados y viejos: á un escritorio de laca le faltaba media columna del remate, y tenía dos cajones abiertos y con las cerraduras saltadas; una *chaise longue* de raso rosa estaba rota, y en la cabecera se veían grandes manchones de pomada; se veía una deliciosa silla volante con armadura de talla dorada y asiento de raso bordado color de rosa, tirada en un rincón por haberle roto una pata; en el centro, una mesa redonda estaba cubierta con un tapete de peluche, también de color rosa, lleno de manchas de café y té, y á la sazón cubierto de migajas de bizcocho y de cáscaras de naranja.

En el fondo del lecho, bajo, anchuroso como cama conyugal, reposaba una mujer; la colcha de raso, arrugado y roto, dejaba adivinar un cuerpo largo y flaco, medio arrebuñado en las ropas, en una postura bestial é indecorosa, porque tenía la cabeza caída, los brazos extendidos y el cuerpo cruzado y casi descubierto; el lecho era magnífico, esculpido con ébano, bronce y marfil, elevado sobre tres gradas que formaban un estrado forrado de paño azul; remataba la colgadura una corona ducal. Una lamparilla ordinaria y en completa discordancia con todo el mueblaje de la estancia, ardía sobre la mesa de noche y había impregnado la atmósfera pesada de un insufrible olor á aceite.

La mujer que ocupaba el lecho era Alicia, y

nadie la hubiera reconocido con sólo que la hubiera visto dos años antes: su esbeltez se había trocado en espantosa flacura; á los treinta y cinco años parecía tener cincuenta; las malas pasiones habían robado á su semblante toda la dulzura de los contornos, todos los encantos con que la había favorecido la Naturaleza. El amor es lo que da á las mujeres su encanto más poderoso, y Alicia no había amado á nadie; es verdad que de nadie había sido amada tampoco, á no ser del honrado Barrientos, que había hecho de ella el ídolo de su vida; pero aun en aquel amor tan verdadero y tan noble, entraban por mucho más los sentidos que el alma, y aun sin darse cuenta él de esta desgracia, podía asegurarse que más que amar á la compañera de su vida, la había deseado con todas las ansias de su ignorancia del corazón humano en general y del corazón femenino en particular.

No había contribuído poco la depravada naturaleza de Alicia á este resultado: atenta sólo á tener despiertos los sentidos de su marido, para nada había pensado en tener satisfecha su alma; más árida moralmente que su madre, confiaba todo su imperio al poder de su hermosura, de su gracia mimosa, de su coquetería: por este modo de ser había llegado á odiar al Duque, viejo ya por sus dolencias, arruinado por ella, cansado de cuerpo y espíritu. Fabián era para Alicia un jirón, un desecho que le estorbaba, y al que deseaba de todas veras una muerte pronta y fácil que á ella

no la molestase y á él le diese el descanso apetecido. Nada había en aquel corazón de compasivo ó de tierno: la gratitud le era tan desconocida como el amor, y esta disecación moral salía á la parte exterior y desfiguraba y endurecía la gracia y la belleza que habían sido como el patrimonio de aquella mujer.

Sus cabellos rubios habían tomado tintes oscuros y rojizos; sus ojos habían perdido sus largas pestañas rubias, semejantes á las alas de una mariposa; sus cejas se habían poblado y ofrecían un aspecto duro; había en su frente, aun estando dormida, una contracción nerviosa, signo de cóleras frecuentes y mal reprimidas, y en cada lado de su boca se había formado un pliegue que le daba un aspecto muy triste.

No hay en el carácter de la mujer término medio: ó abrazada con la cruz que le ofrece la fe cristiana, soporta sumisa y resignada todos los dolores de la vida; ó cifra toda su dicha en amar y ser amada; ó es un ángel rebelde que se convierte en un demonio agresivo, ateo, feroz, que todo lo aborrece, que no tiene freno ni reconoce respeto humano.

La degradación de Alicia, en un principio lenta y progresiva, había llegado en un momento á un grado terrible: se acostó una noche mala, y se levantó perversa. En el odio que profesaba al género humano entero envolvió á su marido, á sus hijos y hasta al ente ridículo de cuyas liberalida-



des vivía. Alfredito, recién llegado á la mayor edad y dueño de su fortuna cuando la conoció, había gastado en aquella casa una buena parte de su caudal: ser el favorito de una Duquesa le parecía una gloria ideal, porque su cuna se había mecido en la trastienda de un almacén de paños. Pero poco á poco, Alicia fué convirtiendo sus mimos en reconvenções, sus dulzuras en durezas y brusquedades, y poco á poco el pollo insulso, vicioso y mimado se fué fastidiando y buscando socarronamente algo más bonito y más nuevo que le ayudase á derrochar su fortuna.

La camarera, que era una mujer de unos treinta y dos años, bastante agraciada, se llegó á la alcoba, bajó la lamparilla, la apagó y se dirigió á la ventana para abrir del todo las maderas, que sólo estaban entornadas: un hermoso rayo de sol penetró en el aposento.

—¿Qué es eso?—preguntó Alicia con voz ronca y tomada.—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, señora. Son las doce, la hora en que se levanta Vucencia.

—¡Se me hará eterno el día!—observó Alicia.—No me levanto aún.

—Han llegado la señorita Eva y su aya, y preguntan si pueden ver á Vucencia.

—Sí; que pasen antes de vestirme.

Alicia se incorporó en su magnífico lecho, y descubrió su delgado cuello, en el que la carencia de carnes dejaba al descubierto gruesos tendo-

nes; las mangas de su camisola de dormir se levantaron, mostrando también la extremada flacura de sus brazos; un acceso de tos ronca y violenta la hizo volver á recostarse en el lecho cuando entraban en el dormitorio Cecilia y Eva: éstas permanecieron inmóviles y cortadas á algunos pasos de la cama de la Duquesa.

—¡Vamos! Cualquiera pensará que yo me trago á la gente!—exclamó Alicia;—¿por qué se quedan ahí? Niña, ¿por qué no te acercas?

—Querida mamá, temía incomodarte—dijo Eva dulcemente, acercando al seno maternal su rubia cabeza;—ya estamos de vuelta, y hemos pensado mucho en ti.

—¿Quién ha pensado en mí?

—El señor capellán, Cecilia y yo...

—En mí nadie piensa ya—repuso duramente Alicia.—Cuando una deja de ser joven, debiera morir... ó matarse.

—¡Mamá!

—Vamos, déjame en paz; desde que se me ha vuelto mal genio, me fastidian las sensiblerías.

—Una madre nunca es vieja para su hija.

—Pero lo es para los demás; y yo tengo la suerte de aparentar muchos más años que los que tengo, gracias á mi mal... ¡Maldita bronquitis, que puede más que yo!...

—La señora Duquesa debe cuidarse—observó Cecilia,—y ahora la obligaremos á hacerlo.

—No te pongas trajes escotados por la noche, mamá—dijo Eva.

La Duquesa no contestó: se había quedado mirando fijamente á Cecilia, cuya noble y hermosa fisonomía tan penoso contraste ofrecía con la suya; de repente sacudió la cabeza, y como si obedeciese á una idea fija, preguntó á Cecilia:

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y cuatro años, señora.

—¡Casi la mía! ¡Qué diferencia! ¿Qué ha hecho usted para conservar tanta frescura y tan buena salud? Usted aún puede agradar, aún puede tener partido... ¡Yo concluí, y esto es triste...!

Cecilia guardó un digno silencio: aquel dolor pueril no la conmovía.

—Diga usted, ¿no le gusta llamar la atención y que la digan bonita?

—No, señora: jamás he creído que valía nada; mejor dicho, nunca he pensado en eso.

—¡Que no ha pensado en eso! Pues las mujeres no pensamos en otra cosa.

—Yo he tenido muchas cosas tristes en que pensar, señora, y nunca me he ocupado de si gustaría ó no, ni lo he deseado.

—¡Singular criatura! ¿Pues en qué pensaba usted?

—En trabajar.

—Vea usted una palabra que para mí carece sentido: nunca he trabajado. ¿Qué es trabajar?

—Trabajar es hacer algo con que ganar la vida

para sí y para los suyos; trabajar es ser feliz, por consiguiente; trabajar es el descanso del ánimo, el perfecto sosiego, el cumplimiento de una ley divina; el que trabaja está contento de sí mismo y de los demás; el que trabaja tiene en el trabajo mismo su más dulce recompensa y su más grata compañía; nunca se fastidia, ni pide al destino la riqueza que Dios no ha querido darle.

—Verdaderamente que el trabajo es, según se ve, la panacea universal—dijo la Duquesa con una sonrisa violenta.—¿Y en qué ha trabajado usted, señorita, si es que quiere decírmelo?

—¿Por qué no, señora? Siento una íntima satisfacción en decirme á mí misma que material y moralmente he trabajado cuanto he podido: soy práctica en toda clase de labores, y me he ocupado en educar niñas.

—¡Qué cosa tan fastidiosa debe ser eso!

—Todo en este mundo tiene dos fases, señora Duquesa, y las tareas más penosas están compensadas con la satisfacción que se experimenta al ver que se cumplen bien: mis educandas hacen honor al interés que me tomaba por ellas.

—¿Y qué se han hecho?

—Se han casado.

—¿Bien?

—Según su corazón.

—¿Eran bonitas?

—Sí, señora Duquesa; y aun más que bonitas, buenas; de modo que son muy felices.

—¡Felices! ¿Dónde está la felicidad?

—Sólo en el deber cumplido y en el contentamiento de sí mismo.

La Duquesa se encogió de hombros como si no entendiera aquellas palabras.

—Niña, vé á cambiar de traje—dijo á Eva;—y usted, señorita, siéntese aquí: no tengo gana de levantarme todavía, y me entretendré un rato hablando con usted, cuya conversación me distrae.

Cecilia se quitó el sombrero y fué á dejarlo sobre una silla: su bella cabeza, parecida á la de una Virgen de Rafael, quedó únicamente adornada con sus sedosos cabellos. Al volver cerca del lecho, vió á la Duquesa sentada en él y con los cabellos sueltos por la espalda: de una mesita de laca inmediata tomó un peine de concha y se acercó de nuevo á Alicia.

—¿Me permite la señora Duquesa que la recoja el cabello?—preguntó respetuosamente;—debe sofocarla mucho, porque es muy hermoso y abundante. Lo haré con cuidado.

—Vea usted una cosa que no se le ocurre nunca á mi doncella—dijo Alicia, en tanto que Eva salía de la estancia sin un beso maternal.—Vamos, sí; recójame usted el pelo, y gracias por habersele ocurrido. La verdad es que estoy pésimamente servida, y con dos doncellas.

El aya recogió aquella cabellera, no ya espléndida como antes, sino mermada y de un matiz desagradable; la torció y la enrolló en la parte

superior de la cabeza, prendiéndola con una aguja de oro y perlas.

—¡Un espejo!—dijo la Duquesa para ver el efecto del peinado. Cecilia le dió uno de mano, de plata, con un marco cincelado.

—¡Qué deliciosa disposición del cabello!—exclamó Alicia;—¡qué elegante negligencia!; ¡qué habilidad! ¿Dónde ha aprendido usted á peinar?

—En ninguna parte, señora, ó acaso en mi propia cabeza, que es el mejor aprendizaje.

—¿Se ha peinado usted siempre sola?

—Toda mi vida; y además peinaba á mis educandas y las vestía.

—Mucha falta me haría usted en casa, querida mía—dijo Alicia dando un suspiro.—Me voy quedando bien sola: todas mis amigas me van abandonando; mi marido no sale de su cuarto, enfermo de muerte, como usted sabe; y si voy á acompañarle algún rato, él se aburre y yo también... ¡Es tan displicente, tan agrio de carácter! Me fastidio mucho, me fastidio sobremanera, sobre todo desde que me vuelvo vieja y fea... ¡Ya no me mira nadie cuando voy por la calle, y antes llevaba siempre detrás de mí dos ó tres galanes! ¡Oh!; ¡es horrible, horrible!